

El PORVENIR publicó lo siguiente:

Señor José Martí

En la Emigración

Muy señor mío :

He leído una hoja suelta titulada POR CUBA Y PARA CUBA, que reproduce un discurso de usted, pronunciado en Tampa el 26 de Noviembre de 1891. No es mi ánimo discutir ese discurso; doy por sabido que en él trata usted magistralmente los arduos problemas político-sociales de nuestro país, ideando las más galanas soluciones. En la sexta columna del citado impreso, hay un párrafo, el tercero, que copio al pie de la letra:

"¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está á paga del gobierno español, el miedo a andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que lo ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? ! Pues como yo sé, que al mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quisieron asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: -! Mienten!"

Los que militamos en la Revolución y vivimos ahora en Cuba, tenemos hoy el mismo criterio que ayer tuvimos, y a pesar del tiempo transcurrido, mantenemos los vínculos que nos unieron en la década del sacrificio. Nuestro juicio sobre la Emigración, por la conducta que observó durante la guerra, está consignado en el folleto que, a raíz del Convenio de Zanjón, publicó el autor de A PIE Y DESCALZO.

Después de la guerra hemos perseverado en esa opinión, abonada por los hechos; pero nunca imaginamos tan ruin a esa Emigración como usted la hace aparecer en su discurso. ¡Cómo! ¿Con que a pesar de los años transcurridos, puede asustarse esa Emigración con el relato fiel de las privaciones, trabajos y desventuras que afrontamos durante diez años? ¿Cree usted, señor Martí, que los que a impulsos del deber arrostran el peligro para hacer Patria, deben ir ciegos o engañados como el soldado mercenario a quien se emborracha para que sirva de carne de cañón? ¿Tan ruin imagina usted la generación presente que la cree incapaz de ir al sacrificio con plena conciencia de lo que va hacer, con el mismo valor y estoicismo con que arrostraron la muerte, en el campo y en el patíbulo, los hombres del 68? Su manera de presentar las cosas nos autoriza para creerlo: los cubanos de hoy se asustan- eso piensa y eso teme usted- con un sencillo relato de penalidades. Pues bien, señor Martí, ofensa tan grave a los cubanos jamás pensó inferírsela el autor de A PIE Y DESCALZO, ni ninguno de sus compañeros, que unánimemente aplaudimos la veracidad y oportunidad de un libro cuya moral debe llenar de orgullo a todo corazón cubano. Como usted no haya comprendido el mérito real de ese libro, yo quiero explicárselo ahora, en muy pocas palabras. Sabiendo de lo que es capaz ese corazón cubano, que usted calumnia, sabiendo, porque ese fué el mundo en que vivimos durante diez años, que no hay trabajo ni sacrificio que le arredre en el cumplimiento del deber, quisimos darle una idea clara y precisa del Calvario que nosotros habíamos recorrido, para que aprovecharan la enseñanza nuestros hijos y sucesores.

No nos extraña que usted haya comprendido mal la índole de A PIE Y DESCALZO: el libro ha debido parecer a usted terrorífico.

El que con ofensas más que suficientes (el grillete), con edad sobrada, no cumplió con los deberes de cubano cuando Cuba clamaba por el esfuerzo de sus hijos,- el que prefirió continuar primero sus estudios en Madrid, casarse luego en México, ejercer en la Habana su profesión de abogado, solicitar más tarde, como representante del Partido Liberal, un asiento en el Congreso de los Diputados, por Puerto Príncipe o por Cuba, - el que prefirió servir a la Madre Patria o alejar su persona del peligro, en vez de empuñar un rifle para vengar ofensas personales, aquí recibidas, ése, usted señor Martí, no es posible que comprenda el espíritu de A PIE Y DESCALZO. Aun le dura el miedo de antaño.

No, no es posible que usted comprenda lo que es, en toda su fuerza, el cumplimiento del deber, pues que en el momento preciso en que todo lo obliga a cumplirlo, pudo más en usted el amor a sí propio que el amor a Cuba. Y sin embargo, hoy es usted patriota y valiente y héroe y hasta orador! Hoy es usted un prohombre CUBANO, la representación metafórica del patriotismo, sospecho que hasta mártir un Bolívar en perspectiva; y nosotros....nosotros"estamos a paga del gobierno español."

! Cómo cambian los tiempos, señor Martí! Tenemos nosotros la culpa de que usted no prosperase en su bufete de abogado, o de que orientales y camagüeyanos no lo llevasen con sus sufragios a los escaños del Parlamento español? ¿Qué le hemos de hacer, si usted, por más que diga, no puede borrar su pasado? Pero si usted quiere ser cubano póstumo, o GUAPO después que ha pasado el peligro, séalo en buena hora; pero déjenos en paz. Quién tanto miedo tuvo a sacrificar la vida cuando Cuba lo exigía, respete y no importune a los que por Cuba expusimos la cabeza una y mil veces.

Haga usted discursos, hable cuanto quiera, viva como mejor le acoñode, que a nosotros no nos importa como vive cada cual. Sepa usted, señor Martí, que aquí, cara a cara del gobierno, nosotros conservamos nuestro carácter de cubanos y de revolucionarios; que no hemos hecho transacción alguna que desdiga o empañe nuestros antecedentes; que somos hoy lo que éramos en 1878; pero sepa al mismo tiempo que no rebajamos nuestra conciencia adulando a un pueblo crédulo para arrancarle sus ahorros; que pedimos nuestro sustento al trabajo; que vivimos con la satisfacción del deber cumplido, pudiendo decir con orgullo: a nadie tememos: a nadie debemos: a nadie adulamos.

Si de nuevo llegase la hora del sacrificio, tal vez no podríamos estrechar la mano de usted en las maniguas de Cuba: seguramente porque entonces continuaría usted dando lecciones de patriotismo en la emigración, a la sombra de la bandera americana.

De usted s. s. q. s. m. b.

Enrique Collazo

Firman por estar conformes:

José M. T. Aguirre  
Francisco Aguirre  
Manuel Aguirre  
Manuel Rodríguez

Habana, Enero 6, 1892.

EL PORVENIR publicó la siguiente contestación del señor Martí:

Nueva York, Enero 13, 1892.

Señor Enrique Collazo.

Señor:- Amargo es el deber de censurar públicamente a quien desalienta a su pueblo en la hora en que parece que van a serle muy necesarios los alientos: más amarga me es, por mirar yo a todo cubano como a hermano mío, la obligación de contestar la infortunada carta que con fecha 6 de Enero se sirvió usted dirigirme, y me causó más pena que enojo, porque en ella revela usted la capacidad de ofender sin razón, y muestra su desconocimiento lamentable de la obra de generosidad y de prudencia con que la Emigración, aleccionada por los sucesos anteriores y posteriores a la guerra, se dispone a recaer en el divorcio y abandono que usted y el autor de A PIE Y DESCALSO censuran con justicia, mas no con la viveza y tezón con que lo censuro y desde hace doce años, ni con el empeño que desde entonces pongo en evitar que la guerra nueva fracase o se desvie por el culpable desacuerdo entre el país que ha de combatir<sup>y</sup> la Emigración que ha de ayudarlo. ¿Y qué hace usted, señor Collazo, desde hace doce años, para salvar a su patria de los peligros en que la dejó una guerra personal y descompuesta, para desentrañar y publicar sus errores a fin de no caer de nuevo en ellos, para disponer con lo viejo y lo nuevo una guerra honrada y de bien público que no nos traiga más males de los que se lleve, para juntar sin cobardía ni gazmoñería los elementos indispensables al triunfo duradero de una guerra que no es lícito desear, ni posible impedir? ¿O pudo descuidarse, cuando se preveía la ineficacia de los remedios de la paz

arrodillada, el deber de preparar, con respeto al voto del país y al decoro de los cubanos, la guerra que habría de suceder a aquellas tentativas inútiles? ¿O se cumple este deber en la silla singularmente segura, del empleado de gobierno, la silla que ha de quemar a quien peleó contra él,- ó narrando en un libro sombrío a las puertas mismas de la guerra inevitable, con silencio astuto y riguroso sobre los recursos con que habría de contar, y las causas por que la guerra anterior vino a caer, y la grandeza que hace adorable y útil el sacrificio, y dá majestad imperecedera a los sacrificados?

Este es el párrafo mismo que dió motivo a la carta de usted,

"¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está a paga del gobierno español, el miedo a andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? ! Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: -! Mienten!"

Yo no hablo en este párrafo, señor Collazo, como pretende usted hacer creer, de "los que militaron en la Revolución y viven ahora en Cuba." Vivan o no en Cuba, los que militaron en la Revolución son para mí los hombres de quienes dije hace dos años: "Si se nos salta el corazón, de celos y de gratitud., cuando oímos la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner con lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se

pueden oír sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal, o sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, a donde la tierra nos llama." Vivan o no en Cuba, los que militaron en la Revolución son los hombres de quienes dije hace tres meses: "Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fué tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de pueblo,; aquellos propietarios regalones, que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime, se echaron selva adentro, con la estrella en la frente; aquellos letrados entumidos que al resplandor del primer rayo saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas o del festín de la fortuna salieron, arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquellos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡ Y todo el que sirvió, es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quizo la Revolución de buena fé, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia lo pudiera borrar luego."- El que peleó en la Revolución es santo para mí, señor Collazo. El que hace industria de haber peleado en la Revolución, o goza después de ella entre sus enemigos de un influjo superior al que tuvo entre sus compatriotas, o usa

de su influencia para aflojar la virtud renaciente de un país que necesita de toda su virtud,- ése bajará ante mi los ojos, señor Collazo, aunque haya militado en la Revolución: y los bajará ante todo hombre honrado.

No sé yo con qué especial derecho se dirige usted a mí, y con usted sus compañeros, cuando lo que yo dije de "paga del gobierno español", se refiere a "la gente impura que azuza el miedo a las tribulaciones de la guerra," a no ser que usted y sus compañeros deseen contarse entre los que azuzan el miedo, que es de quienes dije lo de la paga. Y ni de usted ni de ellos lo creo, señor Collazo; usted ha firmado la carta del día 6, por ignorancia increíble de la labor revolucionaria de estos doce años, y por el mal consejo de iras viejas contra la Emigración, y en otro tiempo justas. Un solo punto habría habido a lo sumo que levantar en el párrafo mío que usted cita, pasando por alto la consideración piadosa con que puse en una parte general lo de la paga, para que tocara el blanco sin herir, y en otra lo especial y directo sobre el libro. ¿Está ó no al servicio del gobierno español el revolucionario que publica un libro precipitado en que se acumulan los horrores de la guerra, y se narran sus obstáculos sin narrar sus recursos, y se enumeran los elementos hostiles sin enumerar los amigos, en los instantes en que parece volver a pensar en la guerra el país? Si está al servicio del gobierno español, no tiene derecho a que se considere desinteresado un libro que favorece indirectamente al gobierno a quien sirve. Eso he dicho, y no más. Levántese el punto.

! Qué dolor éste de añadir pena, por culpa de usted, a la que tendrá de seguro, y más si erró sin voluntad, el autor de un libro considerado por cuantos cubanos conozco, sin una sola excepción,-

por cuantos hombres de la guerra conozco, y tengo entre ellos amigos muy amados,- como una falta grave contra la verdad y la patria, como una obra culpable de la astucia o del despecho! Mucho pudiera decir, y no lo digo: a mi me duele mucho, señor Collazo, todo error cubano: con mi sangre lo quisiera borrar, en vez de publicarlo con mi pluma. Pero diré, por culpa de usted, que si es noble decir la verdad, lo noble es decirla toda. Ocultar la verdad es delito: ocultar parte de ella, la que impele y anima, es delito: ocultar lo que no conviene al adversario, y decir lo que le conviene, es delito. Cuando es constante el riesgo de que, por falta de solución tan inmediata como los males que piden remedio, acusa el país a la guerra de la desesperación,- peca grandemente contra su deber quien contribuye a propagar la creencia en la inutilidad del sacrificio indispensable.

Y no es que nos infunda por acá temor, como usted dice, la pintura del sacrificio que nos enamora, ni que hablemos acá para quitarnos el miedo, de unas cuantas hojas de papel. Aquí hablamos para que se oiga allá lo que allá no se puede decir; para levantar la piel podrida; para sacar la sangre al rostro de los cansados y olvidadizos; para provocar cartas como la de usted, en que alataque injusto a un hombre que no ha manchado su mano con el salario que le pagan sus enemigos, sea al menos ocasión de enseñar cuanta virtud patriótica subsiste en los que vivieron demasiado en ella para que pudieran olvidarla. Hablamos para que se sepa que los cubanos que vivimos en el extranjero no vivimos enconados contra el cubano de la Isla, ni echándole en cara una situación de la que no se puede desembarazar; sino ardiendo en amor por él, y en deseo de juntar con él los brazos. Echemos atrás, señor Collazo, las guerras de persona, o de corrillo imperial y desdeñoso, o de casta cegata y empeñer-

nida; y echemos, señor Collazo, adelante las guerras públicas y generosas. ¡Buen si para algo vivo es para impedir, caso de que tal peligro hubiese, que cayere sobre Cuba una guerra que no fuere, desde su raíz hasta su fin, y en métodos como en propósitos, para el bien igual y durable de todos los cubanos! ¿Y no he oído en estos días a miles de hijos de Cuba proclamar, sin una sola voz de disenso, ni de rico ni de pobre, ni de negro ni de blanco, ni de patriota de ayer ni de patriota de hoy, ni de hombre de guerra ni de hombre de paz, que: "El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba a una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos,- y entregar al país la patria libre?"

No hablamos aquí, señor Collazo, para caer en aquel triste estado de antes, cuando los héroes abandonados por la guía incapaz de las emigraciones, tuvieron tiempo para grangearse de manera que a alguno le ha llegado acaso la gangrena al corazón; sino para impedir, como decía ayer un cubano en Cayo Hueso, que "vuelvan a ir por vías opuestas, según fueron, la Revolución magnífica y conmovedora, la Revolución radical y reestructuradora de dentro de la Isla, y aquella de miedos y melindres, de formas y reservas, de corbatín y puño de oro, de los que en algunos instantes parecieron más deseosos de entregar la patria al extranjero que de auxiliar su independencia." No hablamos aquí para rechazar fuerza alguna, de ayer o de hoy, que cuadyuve al bien de la patria; ni para repeler, so pretexto de haberla servido, a los que quisieran servirla. Pues ¿qué suerte guardan, usted y sus tres compañeros, a los cubanos que por causas notorias no pudieron tomar parte de soldado en la guerra anterior,

porque no vivían en Cuba al pie de su caballo, porque los sacaba la policía del barco glorioso, por que salieron del banco de la escuela al banco de la prisión, porque la cárcel o la enfermedad o la pobreza los tuvo lejos de los embarcaderos de la guerra en los primeros años de las expediciones, porque luego no hubieran tenido más modo de ir al campo que echarse a nado al mar? ¿De modo que, para usted y sus tres compañeros, los que no pudimos servir a la patria con las armas llevaremos perennemente el marchamo de cobardes, y estamos incapacitados de servirla, o la hemos de servir como réprobos mal admitidos en la iglesia, aun cuando layamos alzado del polvo la bandera de la Revolución en los instantes en que los que acababan de abandonarla se sentaban a la mesa del gobierno español? ! Pues vale más haber recobido del polvo la bandera, que servir al interés del enemigo, hiriendo por el costado a quien la lleva, en el instante en que se le ponen al rededor las fuerzas necesarias para la batalla!

Y ahora, señor Collazo, ¿ que le diré de mi persona? Si mi vida me defiende, nada puedo alegar que me ampare más que ella. Y si mi vida me acusa, nada podré decir que la abone. Defiéndame mi vida. Sé que ha sido útil y meritoria, y lo puedo afirmar sin arrogancia, porque es deber de todo hombre trabajar porque su vida lo sea; responder a usted sería enumerar los que considero yo mis méritos. Jamás, señor Collazo, fui el hombre que usted pinta. Jamás preferí mi bienestar a mi obligación. Jamás dejé de cumplir en la primera guerra, niño y pobre y enfermo, todo el deber patriótico que a mi mano estuvo, y fué a veces deber muy activo. Queme usted la lengua, señor Collazo, a quien le haya dicho que serví yo " a la madre patria Queme usted la lengua a quien le haya dicho que serví en algun modo, o pedí puesto alguno, al Partido Liberal, o que, en eso de la diputacion

hice más que oír al capitulado que me vino a tentar inútilmente, - no se en servicio de quien, - la vanidad oratoria y escribir, en respuesta a un ilustre santiaguero, la carta, tomada por la policía al portador, en la que dije que, caso de venirme diputación semejante, se entendiera que la aceptaba para defender en el Parlamento español lo único que a mi juicio puede defender allí, para bien de la Isla y de España, un cubano sensato: - la Independencia de Cuba. ¡ Y con el pié en el barco de la guerra estaré, y si me encargasen que tentara la Independencia por la paz, haría esperar el barco, y la tentaría! Y en cuanto a lo de arrancar a los emigrados sus ahorros ¿no han contestado a usted en juntas populares de indignación, los emigrados de Tampa y de Cayo Hueso? ¿no le han dicho que en Cayo Hueso me regalaron las trabajadoras cubanas una cruz? Creo, señor Collazo, que he dado a mi tierra, desde que conocí las dulzuras de su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puesto a sus piés muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa.

Y aquí cumple, señor Collazo, que aluda a lo que se sirve usted decirme sobre "darnos las manos en la manigua." Puede ser que en espíritu patriótico que resplandee en su carta, y la consagración de que a mis ojos gozan cuantos pelearon por la libertad, me permitieran olvidar, al darle la mía, que la mano de usted es la de un hombre que ha calumniado a otro. Vivo tristemente de un trabajo oscuro, porque renuncié hace poco, en obsequio de mi patria, a mi mayor bienestar. Y es ~~fué~~ este rincón, y poco propicio para visitas. Pero no habrá que esperar a la manigua, señor Collazo, para darnos las manos; sino que tendré vivo placer en recibir de usted una visita inmediata, en el plazo y país que le parezcan convenientes.

Queda sirviendole su compatriota

José Martí

El sentimiento de los cubanos de la emigración en Cayu Hueso, Tamapa, Ocala, Jacksonville, New Orleans, New York, en el lugar donde había cubanos se inflamó y sintió profunda pena por las inculcaciones que se hacían a Martí, y en entusiastas y ardorosos meetings protestó, vindicando solemnemente la conducta del acusado. El único punto que no pudieron aclarar los emigrados se encargó de aclararlo el autor de estos APUNTES, escribiendo en EL PORVENIR las siguientes líneas:

-----

Ahora bien: nuestro deber de periodistas cubanos revolucionarios; nuestra significación en la emigración, que por modesta que sea la persona que la encarna, no por eso es menos directa y legítima por la de aquel que mucho valiere; y por otra parte, nuestro deber de justicia y honradez, nuestro deber al compatriota, nuestro deber para con el que ha sabido siempre alzar su voz para enaltecer y sublimar los principios de la causa de la Independencia de Cuba, nos mandan que digamos sobre el desagradable asunto Collazo-Martí, aunque sea pocas palabras: dos puntos solamente:

El Director de EL PORVENIR, que se encontraba en Santiago de Cuba cuando las elecciones de diputados a Cortes en 1879, y que pertenecía al Partido Liberal allí constituido, y que tomó una parte muy activa en esa inútil campaña eleccionaria, y que estaba en muy estrecha intimidad política con el señor Urbano Sánchez Hechavarría, Jefe reconocido de las huestes liberales, - le constadde una manera categórica, terminante, positiva, pues leía todas las comunicaciones y conocía todos los movimientos y personalidades que se ponían en juego, que el señor José Martí no solicitó candidatura para una diputación a Cortes.

El pueblo ~~oriental~~, que está siempre enamorado de las ideas más

avanzadas, de las resoluciones más enérgicas y terminantes, deseaba candidatos que reunieran condiciones de civismo y desinterés, y al tener noticias, varias personas, del éxito obtenido en la Habana por el orador señor Martí y de la solidez de sus convicciones, desearon poner su nombre en las urnas, para diputado a Cortes por Oriente, y al efecto, lo indicaron al señor Sánchez Hechavarría. Esto pasaba cinco días antes del comienzo de las elecciones. La candidatura oficial del Partido estaba ya acordada. Un arreglo, una componenda. Saco, Portundo y el general Dabán (d. Antonio),- este, para dejar complacido a su hermano D. Luis, entonces gobernador de Santiago)- quedando al cuarto lugar para el conservador D. Santiago Vinent y Cola.

El señor Sánchez, con sus arranques liberales, no mostró desagrado por la candidatura Martí. Ya era tarde; las listas de candidatos se habían enviado a las distintas jurisdicciones del Departamento. Así y todo, creemos no equivocarnos, el señor Martí obtuvo más de cien votos. Simultáneamente escribía el señor Martí la carta al ilustre santiaguero, a la que se ha referido en su contestación al señor Collazo, incidente que se vulgarizó algunos meses después, cuando surgieron los acontecimientos del 26 de Agosto.

Entremos ahora en el segundo punto.

El Director de EL PORVENIR hace cerca de doce años que reside en Nueva York, y día a día conoce los asuntos públicos ( y tal vez todos los reservados) que se rozan con la política de la emigración cubana, y puede afirmar de una manera terminante y categórica que el señor José Martí nunca "ha arrancado a los emigrados sus ahorros", y que por el contrario ha puesto al servicio de la causa cubana su inteligencia, su tiempo y el fruto de su trabajo honrado. Cada vez que se ha ofrecido una suscripción, cada vez que hay que embarcar o socorrer a un cubano pobre, cada ~~vez~~<sup>vez</sup> que se ha tenido que hacer

un gasto patriótico, el bolsillo del señor José Martí ha estado siempre abierto.

No necesitamos hacer más explicaciones. El deber, estrictamente el deber nos ha impelido a las que hemos hecho.

Y antes de terminar, EL PORVENIR, modesto, humilde, pero latiendo en su pecho el santo amor a la patria, pide en nombre de ella, a aquel que por error o ignorancia haya ofendido, haga justicia; y pide además a los dos hermanos, hoy en contienda personal, que cesen apasionamientos que pudieran surgir, y que la misma causa que defienden, sea el manto de paz que los cubra.

Martí quedó justamente vindicado.

Para terminar este paréntesis diremos que desde Cayo Hueso fué a la Habana una Comisión de tres patriotas, se entrevistó con el señor Collazo, y quedaron fraternal y patrióticamente arregladas las diferencias.

Para honor suyo diremos que los firmantes de la carta acusadora al señor Martí reconocieron su error, y patriotas fervientes coadyuvaron después con éste en los trabajos revolucionarios.